

Marta está viendo su serie favorita.

Antes tenía novio y vivían juntos, pero un buen día le había dicho que iba a comprar tabaco y no había vuelto a verle nunca más.

Parece una broma, pero no lo es, y menos para ella.

Si ya antes vivía angustiada, según su psiquiatra por falta de seguridad en sí misma, a partir de ese día muchísimo más.

Ya había pasado un año y dos meses desde entonces.

Para saber algo de él, accedía a su cuenta corriente.

Trabajaba de cajera en un banco, a pesar de haber estudiado antropología.

Poco había aprendido durante la carrera, la verdad.

Recordaba algunas obras clásicas que había leído, pero sería incapaz de explicar su contenido.

Sabía simplemente que trataban de otras culturas, las cuales pensaba que jamás llegaría a conocer.

Lo cierto es que no se imaginaba en una isla del Pacífico, ni en Sudamérica, y menos aún en África.

Precisamente su hermano, especialista en economía africana, había vivido en Senegal.

Ahora trabajaba en Londres, se había convertido al Islam y casado con una tunecina.

Para ella ese mundo era demasiado complejo.

Una vez había estado a punto de encaminarse por la árida senda de la investigación, pero un accidente se lo impidió.

Bajaba por las escaleras de la facultad de Somosaguas, resbaló, y se rompió una pierna.

Aquello le había parecido una metáfora, no en vano le apasionaba la hermenéutica.

Justo antes de la caída iba pensando en ampliar sus horizontes, viajar a diversos continentes y conocer verdaderamente el mundo con mayúsculas.

Pero cuando se encontró en el fondo de las escaleras y sin poder caminar, presintió que nunca se movería de Madrid mas que en vacaciones.

Y así fue.

Ella, que había sido siempre la aventurera, comenzó a pasar la mayor parte de su tiempo libre en casa junto a su madre.

Sin embargo, su hermano, el empollón, aún estudiando Económicas, empezó a pedir becas para irse a países lejanos, y no regresó nunca más al hogar.

En su lugar dejó a una senegalesa que se encargaba de todo en la casa de sus padres de Torreldones y en la suya del barrio de Salamanca.

Eso, el que una persona pudiera sentirse tan afortunada simplemente por encontrarse en Europa, la consolaba.

En el fondo aquí no se vive nada mal, pensaba mientras comía cacahuetes salados despatarrada en el sofá.

Tenía amigas sofisticadas, una incluso había hecho la carrera diplomática, aunque estaba enganchada a la cocaína como su ex.

En realidad ella siempre había sospechado lo de su novio, porque su amiga nunca se lo había ocultado, como hacía él, que se gastaba en supuestos negocios miles de euros que salían de una de las múltiples cuentas corrientes de sus padres.

Ellos querían que su hija viviera a lo grande y que su pareja también.

El dinero lo habían heredado de su abuelo falangista que después de la guerra había conseguido un buen puesto en el gobierno.

Su vida le parecía de lo más normal y aburrido, por eso para divertirse necesitaba ver casi a diario Sexo en Nueva York, y eso es lo que está haciendo.

Marta mira fijamente el teléfono apoyado sobre la mesa de metacrilato del salón. En un estante inferior almacenaba las revistas de moda que compraba todos los meses.

Las leía atentamente y obedecía sus preceptos como si se tratara de la biblia. Su mejor amiga del colegio, con la que precisamente acaba de hablar, trabajaba para una de ellas.

Era redactora jefe, y eso le parecía un puestazo comparado con el suyo, que no había pasado de cajera porque sin duda las finanzas no eran lo suyo.

Si había entrado a trabajar en Caja de Madrid, ahora Bankia, era porque su padre se lo había impuesto aprovechando que conocía a uno de los jefazos.

Era gallego y más machista de lo que nadie pudiera imaginar.

Ella creía que en esa región finisterraquea, por alguna ley antropológica que merecería la pena estudiar, la práctica totalidad eran así.

Galicia, según su etimología latina, debía proceder de gallo.

Así les habían considerado los romanos, al igual que a los franceses, que resultaban también bastante gallitos según su tía, que estaba casada con uno.

Era la mayor de los seis hermanos y había emigrado a Francia cuando era jovencísima.

Su padre, gracias al dinero que ella les enviaba, había logrado ir a la universidad. Allí había conocido a su madre, que cuando se quedó embarazada de ella, dejó de estudiar.

Luego, cuando se casaron, fueron los suegros los que siguieron pagándole los estudios, y así había llegado a convertirse en catedrático de sociología.

Ella le quería, pero tenía que reconocer que era un verdadero tirano.

De hecho estaba convencida de que cuando murieron sus abuelos, a los que su madre estaba muy unida, había decidido premeditadamente construir el chalet en Torrelodones para alejar a su madre por completo de la sociedad.

De joven había sido muy guapa e incluso viajera.

En Londres había estado una vez de soltera, pero aunque no se lo había confirmado, suponía que había ido abortar, porque ya estaba saliendo con su padre, que por cierto no la había acompañado.

Lo que no comprendía era por qué razón los hombres de antes dejaban con tanta facilidad embarazadas a las mujeres, mientras que los de ahora no lo conseguían ni borrachos.

O sería quizá por eso, porque bebían en exceso, fumaban porros, esnifaban...

Ella hubiera sido tan feliz si al menos Marcos le hubiera dado un hijo.

Seis años habían pasado viviendo juntos, y nada.

Al principio la había obligado a ponerse el DIU, y justo cuando se lo quitó, la abandonó.

Pues será por eso, porque no quieren tener hijos ni comprometerse, pensaba.

Además Marcos ya tenía uno, aunque realmente nunca se había preocupado lo más mínimo por él.

Entonces maldecía su suerte.

Sus padres poseían millones de euros en patrimonio, y eso de qué le valía si lo único que quería en esta vida era un niño, pero con cuarenta años aún no lo había conseguido.

Había invertido tanto dinero en la relación que se sentía verdaderamente defraudada. Pero lo que más le dolía aún era el sentir como si le hubieran robado todo el tiempo que había poseído, trabajando toda su vida para nada.

Entonces, con la garganta llena de hiel, mira fijamente el teléfono deseando pedir auxilio.

Marta canta al fin después de tantos años de silenciosa amargura. Todo gracias a que había cometido una insensatez. Se le había ocurrido marcar un número al azar. Después de haber probado unos cuantos, una voz más amable de lo que jamás hubiera imaginado respondió a su grito de auxilio. Entonces, para aprovechar la ocasión, sintió la necesidad de contárselo todo, de confesarle todos y cada uno de los secretos que había mantenido encerrados en su pecho pudriéndose sin poder ver la luz. Para empezar lo del VPH, que al menos no se trataba de un virus mortal, pero durante años había estado yendo al ginecólogo sin decírselo ni siquiera a su madre. Aquel lamentable recuerdo se lo había traído de Nueva York. Allí había pasado un mes haciendo un curso de inglés. Para practicar, se iban los fines de semana a la discoteca. Pues bien, ese regalito, y también un intento de violación sobre un coche, era lo que había recibido a cambio de perder su virginidad. Y, casualmente, ambas agresiones contra su integridad física y psíquica habían sido perpetradas por hombres de color. Aunque sabía a la perfección que la africana y la americana eran dos culturas diametralmente opuestas, aún sentía su corazón acelerarse cuando veía a los negros que vendían CDs en la calle. Aquel había sido su primer gran viaje al extranjero cuando había cumplido los dieciocho. Más que a estudiar, había ido desmadrarse, porque ante todo quería convertirse en una chica liberada. Sin embargo, lo único que logró fue regresar más atemorizada. En el fondo siempre había tenido miedo a todo, aunque tratara de mostrar justo lo contrario. Por eso, cuando llegaba a casa, angustiada, se ponía a comer. Compraba en el supermercado todo lo que le apetecía y engullía hasta reventar, ya que no temía engordar pues conocía el modo de evitarlo. Recordaba que su madre, al llegar a los cuarenta, había empezado a ganar peso y le ofrecía de merienda sus barritas de Biomanán. Por entonces creía haber ya descubierto el modo de dominar no sólo su cuerpo, sino su vida, vomitando cuanto ingería. Pensaba que todo era así de sencillo, y que, como la princesita de un cuento, se casaría cuando quisiera con quien ella deseara, no en vano desde niña todos le iban detrás. Sus cabellos rubios, su piel tan fina, y su delicadeza al hablar, le hacían sentirse una especie de Blancanieves a punto de encontrarse con el príncipe azul. Durante la carrera salía de noche prácticamente todos los fines de semana, y como no sacaba malas notas, se creía omnipotente. Lo del doctorado reconocía que había sido un error. Si durante la adolescencia se había creído capaz de destacar sobre su madre, nunca debiera haber deseado llegar tan alto como su padre. Ahora se conformaba con un triste empleo monótono y aburrido rodeada de engreídos enchufados. Todos habían pasado las pruebas de acceso del mismo modo que ella, conociendo algún jefado que les había conseguido una entrevista con el jefe de personal, el cual les había proporcionado las soluciones a los exámenes. Si estaba tan deprimida era porque tenía menos independencia aún que su madre. Pero eso se había terminado, siendo ésa la razón que ahora la impulsa a cantar.

Marta suda y se agita en sueños tratando de arrancar sus cadenas.

Nunca hasta aquel día había sido tan consciente de su falta de autonomía.

Al final todo resultaba ser una trampa, una especie de jaula en la que vivía encerrada, aún creyéndose rica y afortunada.

Su abuela, aquel monstruo dominador que había obligado a sus padres a vivir en el mismo edificio que ella durante más de veinte años, la amenazaba con un látigo obligándola a entrar de nuevo en su prisión enrejada.

En realidad esa mujer siempre había gobernado a la familia como si se tratara de una pequeña nación, defendiéndola contra posibles enemigos en un estado de guerra preventiva permanente al estilo de Bush y Aznar.

Al parecer, el único que había conseguido sacar partido de todo aquello era su padre. Se diría que esa mentalidad facha estaba creada para beneficiar únicamente a los hombres, si bien eran las mujeres las que la preservaban.

Si tenían un hijo varón lo mimaban, adoraban su falo como si se tratara de un tótem.

Mientras que a las hijas, por no tener pene, las despreciaban y maltrataban.

Las mujeres de su familia estaban cortadas por ese patrón, y ella, de haber llegado a tener hijos, hubiera repetido ese modelo.

Su abuela le había arruinado la vida a su madre, manteniéndola encerrada como una cenicienta palaciega, sin poder realizar en toda su vida otra actividad que obedecerla; mientras su tío, y también su propio hermano, vivían completamente libres.

Aunque su madre no era tan malvada y manipuladora como la suya, estaba repitiendo los designios de su familia.

Por eso ella misma iba siempre llena de pulseras de oro a modo de grilletas.

El hecho de haberlas heredado, le obligaba a ponérselas.

También, desde la adolescencia, comprendió que debía ir siempre maquillada, para así no desentonar entre los ricos, ni asemejarse a la portera y a su prole, tan inferiores desde el punto de vista de los suyos.

En realidad no eran tan sólo sus padres, como siempre había creído, y su psiquiatra le había confirmado, las personas que tanta presión ejercían sobre ella.

La clase social a la que pertenecía, a cambio de alimentarla a base de ibéricos, permitirle viajar en vacaciones a donde le diera la gana, y vivir en un barrio elegante, la condenaba a una especie de guerra psicológica frente a cada persona a la que se enfrentaba diariamente.

Ahora lo veía todo clarísimo.

Se trataba de batallar frente a los demás por preservar los valores dictatoriales heredados de una sociedad franquista, de la cual su familia no era más que un diente en el gran engranaje de una máquina de guerra voraz.

De ahí todo su malestar, su ansiedad, la depresión que sufría desde hacía años, y su gordura malsana.

Pues si parecía inflada, era porque se sentía como una bomba a punto de estallar.

Incluso lo que le había sucedido en Nueva York, a los dieciocho, cobraba sentido.

Había llegado allí creyéndose que era la dueña del mundo, cuando aquella gente, y especialmente los negros, debían estar hartos de ser avasallados.

Aquel trágico intento de violación y las verrugas genitales habían representado un modo de advertirle que se estaba adentrando en los dominios del mal.

Más de veinte años habían pasado sin descubrir aquel secreto que todos se empeñaban en silenciar.

Incluso Marcos, en vez de mostrarse sincero, la había utilizado vilmente.

Vislumbrando en sueños la raíz de todo su sufrimiento, suda y se agita como si se hallara poseída por el demonio.

Marta sigue durmiendo y soñando de paso cosas terribles.

Marcos se encontraba sobre un escenario.

Era famoso.

Decenas de rubias teñidas, como ella, trataban de disputárselo tirándose de los pelos y arañándose la cara con las uñas pintadas de rojo.

Todas ellas estaban desesperadas porque eran chicas modositas de buena familia que habían desperdiciado prácticamente toda la juventud comprándose ropa y mirándose al espejo sin haber llegado a conocer aún a su príncipe azul.

La sociedad de consumo, a las que no habían sido lo suficientemente espabiladas, les había hecho caer en una terrible trampa.

Durante años había sido explotado al máximo su poder adquisitivo, y ahora, sin juventud, ahorros, ni belleza, tenían que enfrentarse solas a la prueba más dura para una mujer, la maternidad.

Por eso se encontraban en una especie de hoyo a modo de fosa común, hundidas y desesperadas.

Trataba de gritar, de despertar, pero no lograba salir de aquel infierno.

Como si no hubiera ya sufrido bastante a lo largo de su vida, todavía tenía que soportar una humillación más.

Todo porque quería tener un hijo.

Lograrlo mediante inseminación artificial, tampoco le importaría.

Simplemente deseaba reproducirse, y no comprendía cómo algo tan sencillo para todas las especies animales, se había vuelto tan complicado.

¿Y dónde quedaba el amor en todo ello?

¿Acaso todas aquellas mujeres no buscaban más que un cuerpo masculino atractivo?

¿Es que el único valor humano era físico?

Una vez había pasado la noche con un chico muy delgadito de ojos verdes que la había tratado con una delicadeza extremada.

No había vuelto a quedar con él porque se trataba de un camareruco andaluz.

Desgraciadamente no se encontraba a su altura.

Aquello había sucedido mucho tiempo atrás, pero aún no lo había olvidado.

Hacía calor.

Estaba muy morena tras haber pasado una semana en Ibiza con sus amigas.

Quizás fuera ya septiembre.

Se encontraba en un bar de moda del edificio Galaxia en Moncloa.

Le había hecho gracia ver a un chico con una cazadora de cuero con el calor que hacía.

Era de cremalleras, de esas que se llevaban tanto.

Incluso ella tenía una roja igual.

Se habían puesto a hablar de la chaqueta, y al final, cuando no quedaba allí ninguna de sus amigas, pues al ligar la abandonaban, se había ido a dormir con él a una pensión en Guzmán el Bueno.

Aquella noche, sexualmente, había sido la mejor con diferencia.

La dulzura de aquel muchacho la había enternecido en tal medida que por una vez en su vida se había sentido fuera de sí, arrobada, extasiada.

Por la mañana él se había ido a trabajar.

Al volver la había llevado a pasear por el Parque del Oeste y luego a ver la puesta de sol al Templo de Debod.

Sin duda uno de los días más memorables de su vida.

Y aunque precisamente en ese momento, a las doce en el Retiro, hubiera tenido la oportunidad de reencontrarlo, sigue durmiendo.

Marta comprueba con deleite que tenía varias llamadas perdidas del hombre con el que había hablado la noche anterior, y con el que, en un raptó de locura, había quedado a las doce de la mañana en el Retiro.

No tenía pensado llamarle, a ver si iba a pensar que estaba desesperada.

Bueno, estar lo estaba, pero no era cuestión de mostrar la flaqueza y menos frente al género opuesto, una especie de enemigo en una guerra psicológica sin piedad que se libraba diariamente en las calles.

Porque aún sin llevar burka, ella se comportaba como una mora con los hombres, rehuyéndolos como si fueran todos unos cerdos repugnantes.

Y realmente, la mayoría de los que se había encontrado en su camino, lo habían sido.

Los obreros, acostumbrados a ser menospreciados por cada chica guapa que pasaba a su lado, se ensañaban sin piedad con ese género de mujeres.

Cuando tenían quince las admiraban pues resultaban una preciosidad, pero como los años pasaban y ellas no dejaban de mostrarse desdeñosas, acababan odiándolas.

Ellas esperaban piropos, y lo que recibían eran injurias.

No lo comprendía, pero es que una, a menos que esté como un tren y tenga las carnes prietas, no tiene derecho a pavonearse por las calles de nuestro país.

En otras latitudes más civilizadas y menos integristas sí, pero no donde el franquismo cubrió a la mujer con un velo de infamia del que aún no ha logrado desprenderse.

Para eso los hombres son los pavos reales de nuestra especie.

Cada simple obreruco, por sucio que estuviera, resultaba más narcista aún que ella.

Luego, los burgueses con los que se relacionaba, ya que tenían a unas cuantas a sus pies y podían elegir, no sólo iban detrás del dinero, sino que para ellos la sumisión representaba el valor supremo de una mujer.

La ropa, los cosméticos..., todo eso en lo que ella invertía montones de dinero, suponían atributos que no interesaban lo más mínimo a los hombres, sino a las mujeres a la hora de pugnar entre ellas.

Los universos femenino y masculino eran opuestos, uno simbólico y otro real.

En realidad no eran cerdos, sino gallitos, crueles, eso sí, todos ellos malcriados, como los moros, por mamás sin la menor autoestima.

Si al menos hubiera conseguido acceder al mismo estatus intelectual que su padre, ahora no se sentiría tan frustrada.

Pero es que además de no ser muy brillante, él mismo, a sus espaldas, en vez de apoyarla, le había puesto la zancadilla.

Todo esto la conducía no sólo a la depresión, sino a una especie de grave trastorno de personalidad, pues la sociedad no le permitía ser ella misma.

Cuando un hombre le interesaba, se veía obligada a interpretar en el teatro del sexo el rol de la mujer sumisa que no era en absoluto.

Pero ellos, que no eran tontos, y sobre todo tenían los pies más en la tierra que las mujeres, podían apreciarlo claramente, y ninguno, a excepción de Marcos, había caído en la trampa.

Él no era tan machista como otros pijos con los que había estado.

Cuando se conocieron, llevaba el pelo largo precisamente por eso, porque su único referente familiar había sido su madre.

Marcial también lo llevaba largo cuando casi veinte años atrás habían vivido un romance breve pero inolvidable.

Hubiera sido su pareja perfecta. Sin embargo, la muy tonta, en vez de un Marcial servicial, anhelaba todavía encontrar un buenorro del que poder presumir.

Por eso, imaginándoselo como un cachas más dominador aún que ella, comprueba satisfecha las numerosas llamadas perdidas.

Marta conduce su Mercedes todoterreno bajo los efectos de las drogas que tomaba diariamente para soportar tanto sufrimiento.

Lo de sus ansiolíticos y antidepresivos era como el alcohol de los obreros o la heroína de los yonquis, pero con prescripción médica.

La cocaína, sin embargo, y de ahí su elevado precio, la consumían los maltratadores. El sadomasoquismo, la crueldad extremada, era la ley moral del nuevo dios de la humanidad, el capital.

Ella, a cambio de recibir sus dones, se doblegaba constantemente ante él.

El precio que pagaba por prescindir del alma, de la inteligencia, la naturaleza en definitiva, era vivir en un cuerpo torturado y deforme.

Comía basura, pues no cocinaba.

A comer Jabugo era a lo máximo a lo que podía aspirar culinariamente.

Claro, de ahí los motones de celulitis que rodeaban sus muslos, que eran el castigo que la verdadera diosa, la naturaleza, le ofrecía.

Comer bien es lo único verdaderamente importante para vivir y disfrutar de la vida.

El dinero no sirve para nada realmente al margen de eso.

Pero la muy ignorante, se alimentaba sólo de guarradas.

De ahí su malestar físico y metafísico, pues la base de su existencia se encontraba resquebrajada.

Estaba tan engañada por el demoníaco materialismo, que no se daba cuenta de que los miles de euros que había invertido en tratamientos adelgazantes o en terapias psicológicas, nunca le habían servido para nada.

Se levantaba a las seis y trabajaba contado billetes horas y horas sin ver la luz del sol, aún cuando las cuentas corrientes de sus padres estaban a rebosar.

Su padre, cobrando un salario estatal, una vez logrado un puesto fijo en la universidad, había empleado toda su capacidad intelectual para especular con el dinero de sus suegros.

Y ella, siguiendo el ejemplo de sus antepasados y progenitores, nunca jamás había sido generosa con nadie, y menos aún consigo misma.

Si podía aguantar sin comer, o con un sándwich, para ahorrar en comida, lo hacía.

Luego sí, se iba a Prada, a comprarse bolsos que costaban un verdadero dineral.

O ese coche, que le habría costado más de cincuenta mil euros, no le parecía caro porque el valor de la mercancía había eclipsado los verdaderos valores de la humanidad, como el saber o el sabor, pues eran intangibles.

Con el dineral que tenía, bien podría dejar ese trabajo infame y haber viajado con su pareja por el mundo entero.

Podría, al menos, haberle comprado chuletones, para que él pudiera satisfacer su voracidad sexual sin necesidad de ponerse ciego de farlopa.

Y si le hubiera permitido alimentarse como es debido, con esa necesidad básica satisfecha, seguro que él hubiera logrado sacar fuerzas de flaqueza para formar una banda de jazz, tal como siempre había soñado.

Para materializar nuestros deseos, lo primero que necesitamos es estar bien nutridos.

Si no, como era el caso, el espíritu flojea.

De ahí sus depresiones, y las de su propia madre.

Su padre, dado que se alimentaba medianamente bien en el comedor de los profesores, se encontraba en un mejor estado físico y psicológico.

Esa tarde, precisamente, no había comido nada, y a punto estaba de perder el conocimiento.

Se encontraba muy mal, pero como su madre la había llamado gimoteando, a duras penas conduce su tanque de guerra capitalista por la A-6.

Marta está en el hospital debatiéndose entre la vida y la muerte pues había sufrido un aparatosísimo accidente de coche.

Ella sobrevivirá, pero como consecuencia de su falta de atención y reflejos, debido a la medicación, aquel despiste suyo le costará la vida a numerosas personas.

Tardará varios años en recuperarse, pero todo el sufrimiento físico que tendrá que soportar para lograrlo le servirá para adquirir ciertos valores morales.

Virtudes como la castidad, la templanza, la generosidad, la paciencia, la humildad y la diligencia, desplazarán a los enemigos del bien con mayúsculas, los pecados capitales que siempre habían regido su existencia siguiendo una moda occidental made in Hollywood.

Para empezar dejará de ver 'Sexo en Nueva York', uno de sus vicios más arraigados desde hacía años, creyendo que aquello era lo más cool del mundo cuando se trataba precisamente de lo contrario.

Con esa medida de higiene moral, su lujuria se irá apaciguando, dejándole el alma algo más libre para considerar a los hombres como personas, asexuados, en vez de pollas con patas.

Milagrosamente, quizás en relación con la reducción de la ansiedad que le provocaba permanecer en constante estado deseante, su apetito, no sólo carnal sino alimenticio, se irá reduciendo paulatinamente.

También dejará de ver a las mujeres como competidoras, ya que se dará cuenta de lo difícil que resulta para todas superar problemas reales, y al fin sabrá que los quirófanos no sólo sirven para corregir pequeñas imperfecciones.

Como las enfermeras del hospital público en el que permanecerá meses ingresada serán casi todas rubias y estarán buenorras, en vez de envidiarlas a muerte, aprenderá a apreciar su cariño y sus cuidados, tan valiosos en su estado.

A partir de aquel momento se volverá menos tacaña, y eso le vendrá muy bien no sólo a su alma, sino también a su cuerpo.

En vez de amargarse por cada céntimo que había de gastar, en cuanto salga del hospital se convertirá en una hija pródiga para desgracia de su padre, que llevaba años manteniendo una relación con una mujer más joven aún que ella, prometiéndole que pronto él sería el dueño de todo.

Para empezar, cuando vuelva a caminar y salga a la calle, no se apartará ya de los pobres como si fueran apestados, sino que se acercará a ellos para ofrecerles no sólo limosna, sino atenciones y respeto.

Lo cierto es que se volverá una ONG andante, porque algo, tras casi traspasar el umbral de la muerte, le revelará que el dinero no es para guardarlo en los bancos ni para trabajar con el fin de hacerlo aumentar; sino para comer, vestirse y tener donde dormir.

Casa tendrá, con que vestirse le sobraré, y para comer mejor, aprenderá a cocinar.

Entonces comprobará que la paciencia necesaria para preparar la comida, lleva a adquirir la templanza necesaria para no engullirla como los cerdos, sino con modales y a un ritmo que permite saborear los alimentos y quedar saciado.

Lo mismo aprenderá que también sucede con respecto al sexo cuando se hace con delicadeza y ternura, en vez de remedando a los animales.

Lo descubrirá el día que decida descubrir quién había sido el hombre al que había dado plantón aquel trágico, pero trascendental, 15 de mayo.

Cuando le vió, le encantaron sus ojos glaucos y le recordaron a los de un chico con el que había tenido una aventura maravillosa veinte años atrás.

Al final resultó ser el mismo.

Y dos años después vuelve al hospital, pero por razones muy distintas.